

CAPÍTULO IV

Muerte de Clarita. — El escarmiento del Cascabel.

Al regresar á sus casas Pepe y Astucia, iban derechos á la casa del primero, y si no se encontraban el uno con su familia y el otro con su padre, se seguían de frente hasta el rancho de las Anonas, pues D. Juan Cabello sólo yendo y viniendo con Clarita pudo conciliar no separarse de ella y medio cuidar de los intereses de ambos. Llegaron esa vez al rancho de Pepe y les dijeron que hacía más de tres semanas que se habían ido para tierra Caliente porque la niña se había puesto muy mala, y el señor D. Juan mirando la escasez de recursos, de allí se la llevó en una camilla para su casa. — Malo, dijo Pepe, ya sucedió lo que tanto he temido, hermano, tal vez á la hora de esta está esa pobre mártir gozando de Dios; yo no sé qué co-razonada me dió al despedirme de ella, he tenido desde enton-ces unos días fatales, un continuo sobresalto y nada ha sido capaz de distraer mis tétricos pensamientos; marchemos de frente, Lencho, no nos detengamos, yo no tengo un instante de quietud, más y más me aniquila este cuidado. En vano procuró Astucia decirle cuantas palabras consoladoras le ocurrieron y distraerlo con otras cosas en el camino que hicieron á mieda rienda; su pena se aumentaba cada vez que avanzaban al des-engaño, y un incidente de los que siempre acontecen como fatales mensajeros de la desgracia, vino á confirmar sus temo-res, á destrozar de una vez su ulcerado corazón.

Al atravesar por la plaza de Jungapeo notó Astucia luego luego al costado de la iglesia fabricado un sepulcro nuevo, y á pesar de la obscuridad que empezaba á ocultar los objetos, Pepe volteó la cara con avidez y le llamó la atención la blan-cura de aquel monumento, sentó su caballo, se apeó violenta-

mente y cuando Astucia trató de contenerlo, salvó de un brinco la bardita del cementerio y se precipitó para aquel sitio; no se podía ver la inscripción, hizo luz con la piedra y el eslabón y por fin, logró leer con mucho trabajo: *Doña Clara M. de López, falleció en tantos de tantos de 18... Mártir resignada: descansa en paz en la mansión de los bienaventurados.* — ¡Lencho, Lencho! gritó lleno de sorpresa dudando de lo que había visto. — ¿Qué te sucede, Pepe? respondió Astucia acercándosele. — Lee esos letreros, hermano, creo que mi acalorada mente se en-gaña, y que mis ojos se equivocan, siento una opresión en el pecho que no me deja respirar, el corazón se me destroza; no sé lo que me pasa, un nudo que siento en la garganta no me deja hablar, yo me sofoco, Lorenzo, déjame reclinar en este túmulo.

Astucia lo dejó recargar contra el sepulcro, en un instante leyó los letreros y se quedó también petrificado. — ¿Ninguna duda te queda ya de mi desgracia? prosiguió diciendo Pepe, después de un gran rato en que ambos guardaron silencio. — Ninguna, le contestó, démosle gracias á Dios porque la ha qui-tado de tanto padecer, y espero de su divina gracia que ha de estar su alma de la eterna gloria; si éstas consideraciones, her-mano, no te consuelan algún tanto, pídele á su Majestad que te dé alientos y resignación para resistir tan grande pena, y en-tretanto haz lo que yo, Pepe, riega con tus lágrimas este santo sitio y desahoga tu corazón; ya no me puedo contener, tu pe-sar es también mío; y estrechándolo frenético lloró como un chiquillo. Su ejemplo hizo volver á Pepe de su estupor, todo se enterneció con un poderoso esfuerzo, exhaló un suspiro de su comprimido pecho, acompañado de un ¡ay! muy lastimero di-ciéndole: — Dices bien, hermano, Dios ha de haber premiado su martirio, y ya está en el cielo; lloremos su pérdida. Apare-cieron sus lágrimas y un gran rato estuvieron vertiéndolas á competencia; después como un loco prorrumpió en tristes la-mentos, y no con poco trabajo logró Lorenzo desprenderlo de aquel lugar solitario. Continuaron su marcha clavo á clavo, y cuando estuvieron fuera de la población dió Pepe rienda suelta á su pena, lo dejó gritar, y hacer cuanto quiso, y después con serias reflexiones, fué aquietándolo y haciéndolo ir entrando

en conformidad; llegaron á su casa á las ocho, y para colmo de su pesar, se encontraron á la familia rezando la estación de las ánimas; esto renovó su pena, se arrojó Pepe en los brazos de D. Juan, Enrique arrancó al encuentro de su padre, le abrazó las piernas y anegado en llanto le decía: — Ya se murió mi mamá, ya nos dejó solitos.

Ana, Ángel, Lencho y todos los de la casa lloraban, aquella escena muda habló mucho más allá de cuanto puede expresarse para descifrar un sentimiento, pues sin que ninguno dijera una palabra, todos unos á otros se comprendían; por último, el bálsamo consolador de la oración que D. Juan no quiso dejar cortada, algún tanto los consoló, pudo Pepe escucharlo, y en fuerza de las razones persuasivas que su cariño le sugería, logró hacerlo irse conformando con su viudez. D. Juan contó en breves palabras los pormenores del suceso y como, con la mayor resignación después de recibir todos los auxilios espirituales había expirado, y los pasos y disposiciones de su entierro. Al otro día se presentó Pepe con su hijito de la mano en la pieza del anciano que estaba con Astucia, y le dijo: — Señor D. Juan, no tengo ya en este mundo más prenda que me ligue que este niño, es mi único tesoro, un pedazo de mi corazón, á su amor paternal lo confío, vd. será su padre, en sus manos se lo entrego, voy á realizar mis cortos intereses, para que tenga para los gastos de su educación y que tal vez alcance para establecerlo, por vida de Lorenzo á quien doy el nombre de hermano, que acepte esta carga, Padre amado, y le puso á Enrique sobre las piernas después de haberlo alzado por alto y llenándolo de tiernas caricias. — Con mucho gusto, D. Pepe, respondió D. Juan apretando al chiquillo entre sus brazos, amor con amor se paga, yo cuidaré de su hijo, y haga vd. lo mismo con el mío, también se lo entrego y es todo mi querer. Pepe abrazó á Lorenzo con entusiasmo, á tiempo que su padre repetía mil caricias á Enrique, que con la inocencia propia de su edad se las correspondía, al tercer día se retiraron cortando camino por Porua, y como ya Pepe se esperaba este suceso, pronto se deshizo de su rancho, formalizando trato con una persona con quien estaba apalabrado, de manera que al reunirse para su viaje con los compañeros, ya todo lo había ven-

dido, y le entregó á D. Juan cuatro mil y pico de pesos, dándole en cada viaje cuanto tenía de utilidades, sin tener ya más casa ni familia que la de Astucia. Como todos los hermanos de la Hoja guardaban la más perfecta armonía, Clarita fué generalmente sentida, y Pepe compadecido y consolado por todos, que se empeñaban en distraerlo siendo más que nunca de Lorenzo su inseparable compañero, su sombra, y más que ninguno, su más decidido custodio.

Como no sólo tenían enemigos por el rumbo en que habilitaban su carga, sino por todas partes donde traficaban, era indispensable mantener su contra resguardo en toda la línea y puntos que les parecía necesario, por lo que sus lances eran en distintos lugares y con toda clase de sabuesos; habiéndose hecho muy singular el ocurrido en la Estanzuela con uno de tantos seres degradados que en toda su vida no salen de la miserable ocupación de delatores, sin aspirar jamás á buscar la subsistencia de otra manera que no sea esa, que sólo ellos pueden desempeñar con descaro.

De éstos era un tal Almarás, alias el Cascabel por hablador, quien por sus buenos servicios y fidelidad, llegó á ser el comandante del resguardo de Marabatío el grande, y como todos los de su calaña, era fanfarrón y muy atrevido con los infelices que no le podían hacer resistencia, y perseguía de muerte á toda clase de contrabandistas de segundo orden abajo, haciendo muy en breve su fortuna, á costa de cuantos pobres caían en sus manos, pero vil y cobarde hasta lo infinito con aquellos que podían contrarrestarle; éste mismo fué nada menos el que con tanta felonía denunció á Lencho el Aguadentero, cuando confiado en su palabra le decomisaron toda su carga, padeció más de un mes en la cárcel y fué la causa de que mirándose arruinado ingresara á la sociedad de los Hermanos de la Hoja, inducido por Alejo, en el huizachal de Jaripeo el grande. Como ya no volvió Lorenzo á aparecer por allí, sino á transitar diverso camino y con el sobrenombre de Astucia comerciando en la rama, llegó al fin á tranquilizarse el Cascabel, que algunos días estuvo lleno de cuidado, temeroso de su justa venganza, y después teniendo una fuerza á sus órdenes se desvanecieron completamente sus temores. Astucia que conocía bien quien era ese

bicho, jamás quiso tener con aquel hombre ninguna relación, le puso su *espejo*, colocó *cardillos* y estaban listos los *galgos* y *telégrafos*, por lo que no podía aquel bribón hacerles una mala partida, y dos ó tres veces que se atrevió á entrar en tierra vedada, pagó bien caro su arrojo, por lo que escarmentado sólo se limitaba á rondar por determinadas partes sin alejarse mucho, dejándoles libre el paso á los charros que con entera confianza por allí transitaban, procurando en vano ver si podía sacar de ellos algún partido y venderles su silencio, así que no pudo lograr su objeto, valiéndose de recados por segundas ó terceras personas, que fueron contestados con desprecio, quiso intimidarlos con bravatas y terribles amenazas, las que también fueron correspondidas con expresiones más picantes, llegando las cosas hasta el extremo de que remitió un papel que decía: « Señor Astucia, sólo por fanfarrón y malcriado, tengo empeño en escarmentarlo y no he de dejar de perseguirlo, hasta que lo vea colgado en el palo de la Loba, donde estuvo el capitán Cuitlacoche. » Por contestación, tomó Astucia el papel, lo ensució con una buñiga y se lo devolvió al enviado diciendo: — « Dile al Cascabel, que ahí le devuelvo su carta con marmaja, y que si en el palo de la Loba colgaron los gachupines al capitán Cuitlacoche, porque fué un valiente que defendía la independencia de su patria, allí mismo le mandaré dar una ortigada en las nalgas, para que se le quite lo clueco, de haber pertenecido sus mayores al imperio de Iturbide. »

Quedó la cosa en tal estado, sirviendo siempre este incidente de estar sobre aviso. El Cascabel no perdía tiempo, y aprovechando la coyuntura de estar en Marabátío el visitador, engrosó su fuerza con la escolta que éste llevaba, y á la cabeza de treinta hombres bien montados dejó pasar á los charros del Interior, para sólo habérselas con Astucia, bien informado de que traía poca gente se fué á situar al puente de la hacienda de los Molinos de Caballero, previo aviso que le dió una piucilla que tenía en aquella ranchería. A las diez de la mañana estaban Astucia y sus hermanos en unión de otros amigos, almorzando muy quitados de la pena en la venta del rancho de las Viudas, perteneciente á la hacienda de la Torre, cuando fué llegando muy llena de sobresalto Nacha la Catalana, una de sus

más exactos telégrafos que comerciaba con ellos. — ¿ Qué sucede, Jefecito? exclamó dirigiéndose á Astucia limpiándose el sudor que á chorros corría por su frente ¿ Qué no ha llegado Luarda la angaripola con la noticia que le mandé? — No, mi vida, siéntate y almuerza. — Qué almuerza ni qué demonios, acabo de dejar en el puente al Cascabel con una punta de bandidos, seguramente le echaron guante á esa aturdida, yo me vine rodeando por el rancho de Jesús, y me le hice reloj á Vicente Né, que está de espía con cuatro hombres en la esquina del potrero del Garabato. — Pues entonces ni á cuidado llega, descansa, mi alma, y echa un trago de catalán, ya que por eso te llaman la Catalana. — ¿ Pero si mientras avanzan ó...? — ¿ De cuándo acá estás tan cobarde, mujer? sólo por eso, tú le has de azotar las nalgas á ese bicho. — Mira, Pepe, manda á algunos que se vayan andando por la angostura y se suban al cerrito del Huizache para que si tratan de retirarse, les cierren la puerta de la pulquería y en el potrero retozaremos tantito. — Conmigo basta, dijo Alejo el Charro; pero dime, Nacha ¿ qué anoche se vino á quedar el Cascabel con tu tocaya la Loba de Rabia? porque nadie me quita de la cabeza que esa maldita, como es su querida, nos está vendiendo, vió ayer pasar al amigo Brito que va con sus cargas para el interior, y como siempre andamos arrebiatados le dió de codo. — Eso es, dijo Chepe botas, y como le prestamos el caballo Tápalo que por aquí es tan conocido, luego que lo vió esa chinguiñosa dió la cantada. — No cabe duda, agregó la Catalana, porque muy de mañanita me fué á comprar puros con un peso duro, y seguro está que hayan sido para ella, pero si averiguo la verdad, yo le echaré su tlancualillo, y le he de cargar el matado hasta correrla de la ranchería. — Andando que el sol se mete, exclamó Alejo, ojalá y tengamos fandango porque ya tengo ganas de divertirme. Registró su canana, alistó su carabina, pegó un brinco á su caballo, y soltando para atrás su lanza dijo lleno de cólera: — Es mucho descaro venirnos á provocar en nuestros propios comederos, hasta luego, y partió á media rienda. Con bastante calma acabaron de almorzar, le dió Astucia su cargada de catalán á Nacha para alegrarla, y luego presentándole una calzonera, una cotona y un sombrero le dijo: — Ponte esos trapos. — ¿ Para qué, mi

jefe? — Para que tú seas el coyote que espante esa parvada de gallinas; mira, Chango, haber como le habilitas el caballo Pisaflores de Chepe á esta muchacha; pide por ahí prestado un cascabel y tráete la lanza del atajador. — Pero, mi jefe, replicó Nacha, ¿y si me van á pegar esos indinos un pelotazo? — Tal día hará un año, y adonde empieces con miedos, la verdad la verdad, no cuentes con nosotros, además que yo te voy acompañando y no te he de dejar en la pelaza. — Pues si vd. me acompaña, mi jefe, vengan esos cueros ¡ caramba! que donde pintan los Hermanos de la Hoja nadie borra, quiero mejor un tiro, que no que vds. me desprecien. ¡ Viva Dios que es lo primero, y el diablo me dé su ayuda! y llena de entusiasmo se metió á la cocina, se enredó las enaguas en las piernas, se puso las calzoneras, se fajó su rebozo en la cintura y con su cotona plateada y sombrero de medio lado, salió dando de taconazos riéndose de su figura, y haciendo á todos prorrumpir en estrepitosas carcajadas, pues aunque era de un cuerpo regular y de bonitas facciones, le sobraba una cuarta de cotona, otro tanto de calzoneras, y la cara se le perdía con el sombrero: después que pasó la bulla se montó en el Pisaflores, recibió algunas lecciones del modo de tomar la lanza; le dió una paseada á su caballo haciendo el según y como, y con el arma presentada para hacer más visible la banderola azul, la echaron por delante yendo tras de ella á una regular distancia, Astucia, Tacho, el Chango con su clarín, y los tres amigos que los acompañaron á almorzar, que llenos de curiosidad quisieron presenciar aquel lance. Pepe con los demás venían un poco más retirados custodiando los hatajos, así que estuvieron bastante cerca de Vicente Né, que con sus cuatro compañeros lleno de zozobra sacaba tamaños ojos, contuvo Nacha su caballo. — ¿Y ahora qué hago, mi jefe? preguntó, allí en el recodito están cinco pollonas. Repégate á la cerca, suéltale el hilo á tu caballo, les gritas como coyote, véte al galope porque precisa hacerlos pasar para la Estanzuela; Tacho, véte con estos señores á pasar por el rancho de Jesús para que no se corten por ahí, que yo me voy tras esta muchacha para cuidarla y tomar el puente, y arriscándose el sombrero empuñó su carabina, pegó un fuerte silbido á la vez que con voz aterradora gritó con toda

la fuerza de sus pulmones: — ¡ Vivan los charros! ¡ atrás canalla! y disparó su arma al grupo de los avanzados; el silbido, el grito y la bala que pasó clareando la falda del sombrero de uno de los de Vicente Né, les infundió tal pavor que volteando caras destaparon para el puente azotando á sus caballos, queriendo en aquel instante tener alas, gritando. — ¡ Ahí vienen, ahí vienen! — ¿ Cuántos son? preguntó el Cascabel á su segundo Né, con cara cadavérica repicándole los coscojos de las espuelas por el temblor de las piernas. — ¡ Un titipuche, un titipuche! le respondió. — Pues aquí estamos mal, nos hacemos bolas, es capaz que nos fusilen en montón, y mirando para todos lados dijo: — Nos pasaremos al otro lado del puente para tener parapeto, marchen, marchen. Apenas empezaron á atravesarlo, cuando le dijo Astucia á Nacha:

— Ahora es tiempo, gritales y no te paras hasta el puente. A pesar de ser ella marota, dió tal arranque el Pisaflores, que no pudo menos que agarrarse de la cabeza de la silla y tirar la lanza gritando: — Uuuu, uuuu, uuuu, mientras que Astucia descargando de nuevo su carabina siguió con sus pistolas y les gritaba: — Cuxila, cuxila, cuxila. Fué tanto el pavor del Cascabel y los suyos, que corrían en desorden de uno á otro lado abandonándole á Nacha el puente, su primer pensamiento fué gritar: — Sálvese quien pueda, y enderezó su caballo para la pulquería; pero apenas dirigió para allá la vista cuando vió á Alejo de centinela, y una bala pasó silbándole muy cerca, entonces buscaba el vado y vió del otro lado la banderola de Tacho, á los otros hombres que lo acompañaban, y otra bala le dió un rozón á su caballo en el pescuezo, aumentando su pavor el ronco sonido de la trompeta del Chango que tocaba á degüello con afán. — Al corral de la Estanzuela, gritó con voz de trueno. — Al corral, al corral, repetían todos atropellándose unos á otros. Apenas acabaron de entrar cuando cerrando la puerta y atrancándola con cuanto pudieron, decía el Cascabel: — Desde aquí los acabamos, muchachos, ¡ fuego! ¡ fuego! á discreción ¡ vivan los guardas! y se arrimaban contra la pared, se encaramaban sobre sus caballos y apenas medio asomaban las puntas de los cañones de sus armas sobre las bardas de adobe, cuando las disparaban, haciéndole un nutrido fuego á

las puntas de los árboles, y á una que otra nubecilla que vagaban en el espacio, mientras que Tacho, Astucia, Nacha y el Charro, firmes en sus puestos, tirándoles de cuando en cuando, se reían con muchas ganas, y el hatajo pasaba paso á paso perfectamente arrecuado, una bala dispersa cayó fría botando sobre un tercio, y entonces le dijo Astucia al Chango: — Anda, dales unos trompetazos por allá atrás. Al oírlos el Cascabel gritaba muy entusiasmado: — ¡Fuego por la retaguardia antes que nos traten de asaltar, y estuvieron tira y tira para el otro lado: — Váyanse á descargar á la presa de las semitas, le dijo Astucia al Tapatio, y así que dejen todo arreglado vénganse para acá, con eso tranquilizamos á esas bestias que se están asoleando de balde en el corral. Una persona oculta dentro de un espeso matorral estaba temiendo recibir un balazo encomendándose á la corte celestial, hasta que al notar algún silencio se resolvió á sacar la cabeza y al ver pasar á las mulas cargadas, se fué presentando en el puente muy azorada, toda arañada y con la cabeza llena de basuras. — Qué chula estás angaripola, dijo Nacha, has quedado como tu cara. ¿dónde diablos te metiste, por qué no fuiste á avisar lo que te dije? — Señor charro, contestó muy confusa sin poder conocer á quien le hablaba, me atajó el Cascabel y me tenían tirada boca bajo con centinela de vista, y por eso... — ¡Pícaro! gritó Nacha amagándola con la lanza que al tenderla se le cayó de la mano porque no pudo resistir su peso. — ¡Por amor de Dios, señor! exclamó aquella pobre mirándole la cara á quien la amagaba, y luego reconociéndola gritó: — ¡Maldita seas, Catalana! ¡quién demonios te ha de conocer, si pareces la mera verdad! — Daca mi lanza, y súbete en las ancas. — No, dijo Astucia, anda, véte allí con Alejo, y en cuanto llegue mi gente que se vengan para acá mientras que nosotros nos sombreamos un poco.

El fuego de los encorralados fué por grados aflojando, hasta que á pesar de provocarlos con uno que otro tiro, y los trompetazos del Chango por distintos rumbos, no tenían contestación, pues contemplándose seguros detrás de tan buen atrinchamiento concluyeron con su parque en cosa de una hora descargando hasta sus pistolas, uno que á todo riesgo se atrevió á sa-

car la cabeza por sobre la barda, vió al grupo de charros que acababan de llegar, y que poniendo Astucia un trapo blanco en una lanza, despachaba para el corral á uno de los suyos. — ¡Ya están poniendo bandera blanca, mi jefe! gritó lleno de gusto. — No lo dije, exclamó el Cascabel, algunos pícaros de esos hemos de haber matado ya, ¿á qué tocan? — Parlamento piden. — Parlamento, gritaron todos llenos de júbilo. — Pues lo que es yo no doy cuartel, morir ó vencer, ese es mi sistema. ¡Viva el resguardo, muchachos, viva! y tiraba el sombrero por lo alto contentísimo. — Ya viene, ya viene el parlamentario, dijo el encaramado. — Pues antes que se arrime le marcas el alto, y por lo que pueda suceder atranquen bien esa puerta, y listas las carabinas. — Ya no hay parque, contestó Né. — Pues al arma blanca, no sean cobardes, ¿á ver cuántos tiros han quedado? — Sólo cuatro. — Con ésos basta, que cada soldado se coloque en cada rincón, y cuando se los mande echan fuego, para que vean esos bandidos que tenemos todos los flancos cubiertos. — ¿Quién vive? gritó el vigía. — Su madre, respondió Nacha, que por lo pronto no supo qué decir. — ¿Qué gente? — No soy gente, soy mu... — Avance, avance, gritó el Cascabel enhuecando la voz con arrogancia. Se acercó Nacha hasta la puerta y por una rendija le preguntó: — ¿Qué se ofrece, mocoso? pues al verle la cara lampiña se figuró que era muchacho. Que dice mi jefe que no sean mal intencionados, que acaben de tirar para que puedan pasar los hatajos y no se espanten las mulas. — Anda, dile que si no se retiran no respondo del furor de mi gente. — ¿No más eso le digo? — Sí, y que primero nos rompemos los cuernos que yo consienta el que pasen los hatajos, que miren el camino que cogen antes que se me hinchen las narices. — Si ya pasaron, señor amo, dende queaque, ya estarán hasta sabaneando, y soltó una carcajada. — ¿Creo que tú te burlas, muchacho? — No, D. Cascabelito, no, y seguía riéndose sin perder de vista al que asomaba la cabeza, quien no pudiendo verla bien, se echó de barriga en la barda, y ella picándole con la lanza, gritó: — Métase, figón. Dió aquel hombre un costalazo en el corral, y al verlo desaparecer se vino Astucia con los suyos violentamente hasta pegarse á la barda, al oír el tropel, los aterradores toques del

Chango junto á la puerta, y la voz imponente de Astucia que decía: — Abajo esa puerta, gritó el Cascabel: — Fuego, fuego. Los de afuera se hicieron á un lado de la puerta, y cuatro tiros por distintas partes se oyeron al momento, otros cuatro por la parte de afuera clarearon los tablones, y tres ó cuatro hachazos bien dados en uno de los cercos, hizo á la puerta oscilarse, á la vez que un empujón derribó completamente una hoja y cayó haciendo un gran estruendo y alzando polvareda.

Esto acabó de confundir á los encorralados que corriendo de aquí para allí, testereándose unos con otros hubieran querido ser hormigas para esconderse dentro de la majada, ó evaporarse como el humo. Conforme se desvaneció la polvareda, se fué presentando Astucia con los suyos, formados en batalla, dos arrieros que acabaron de abrir bien, con sus armas listas á pie de centinelas, y arrimándose le dijo á Nacha: — Espántame para acá al Cascabel, quiero pepenarle el rabo á puerta de corral, á ver si como ronca duerme, si alguno de esos bichos se menea, métele la lanza. Entró Nacha y ella entre las patas de los caballos, se encontró con el Cascabel con medio cuerpo cubierto con majada ansiando cubrirselo todo con un montón inmediato, á una indicación bastante sensible tal como picarle con la lanza se paró más que de prisa, y con el semblante cadavérico, las quijadas caídas, los ojos saltándosele y sin saber ni por dónde andaba, salió temblando de pies á cabeza, todo revolcado, con el sombrero en la mano. — Cúbrase vd., señor Almarás, dijo Astucia, cúbrase; yo bueno á Dios gracias, y vd. tan guapetón como siempre, ¿no, amigote? ¿cómo están sus prendas, cuánto hace que no nos vemos estas caras de rosa? y le tendió la mano con cordialidad, maquinalmente aquel hombre estiró la suya; pero Astucia haciéndola á un lado con desprecio dijo: — Ya me acordé, yo no toco la mano de un traidor sino para desbaratársela; si en la última vez que nos vimos me denunció para que me robáran veinticinco barriles de aguardiente, ahora llevo ahí todavía setenta tercios de tabaco, vaya á trompetear, amigo, vaya que no corre prisa su tercera parte.

Hasta que Astucia no hizo mención del aguardiente, no advirtió aquel hombre con quién hablaba, y sorprendiéndose

exclamó: — ¡D. Lorenzo! ¿qué vd. es el charro Astucia? — El mismo que viste y calza, Cascabelito, el jefe de los Hermanos de la Hoja y el azote de los malcriados. — ¡Perdón, D. Lorenzo, perdón! ¡estoy dado! — Como Lorenzo el aguardentero, perdono al pícaro de Almarás, que no quedó contento hasta que me vió encerrado en la cárcel confundido entre los criminales; pero como Astucia voy á ponerle el cascabel, no al gato, sino á la Loba; yo lo enseñaré á escribirme papelitos con fanfarronadas, y como hombre, voy á cumplir mi palabra, á que ocupe un ratito el mismo sitio que el capitán Cuilacoche tuvo en el palo de la Loba. — Pero, señor... — Silencio, y no me replique, grandísimo, y le dió un caballazo que lo hizo estarse arrimado contra la puerta, encargó su vigilancia y se metió al corral gritando: — Chango, Muerto, Fandango, Inglés y tú, Cuajo largo, á sus puestos y en fatiga, tráiganse á ése. Arrimaron al bramadero al primero que allí estaba, le ataron las manos, y bajándole los calzones, preguntó uno de los ejecutores: — ¿Cuántos, señor amo? — Doce pero de cajeta, gritó Astucia, al que se resistía ó les gruñía veinticinco, y si lloran doblan la parada, cuidado como no saben darlos, porque yo les enseñaré cómo se tapojea. — Esas piedras son para nuestras Jondas, dijo el Fandango. — Ya lo huimos, replicó el Inglés, mucho cuidado, compañeros. ¿A ver quién es Vicente Né? — Yo, respondió el nombrado presentándose muy curtido. — Vaya á hacerle la barba á su comandante, y límpiele mientras el fondillo. Todos los demás que esperaban llenos de sobresalto que los fusilaran, de barato daban recibir su azotada, procurando no merecer los veinticinco y mucho menos doble ración. — Mira, Nacha, le ordenó llamándola á parte, véte á quitar ese traje, échate á Luarda la angaripola en las ancas, si está el amigo Morales en la hacienda, dile que me haga favor de venir para acá, se cortan por ahí unas ramas de ortiga, y me van á esperar en la cerca del potrero de San Miguel en el palo de la Loba. — ¿Pero qué de veras, pobres?... — Pica y arrea porque... — Voy, voy. Conforme fueron aplicando la consigna, los hacía montar en sus caballos, les doblaba sus espadas, embotaba sus lanzas, y les quitaba las llaves á las armas de fuego dándoles puerta franca, para que los demás formados en dos

filas al pasar les dieran carrera de baqueta, el primero llevó su suaca, pero ya los demás pasaban como exhalación, mientras Astucia le decía al Cascabel: — Cuente sus gallinas, cuente, no sea que alguna se quede por aquí y se la meriende el cacomiztle. — Vientinueve, gritó Tacho, y los dos capones son treinta, y unas cabezas que se comen más que lo que ponen.

— Enánquense en este animal, les mandó Astucia á sus dos prisioneros, y les fué presentando Pepe un caballito lleno de mataduras de D. Narciso Retana que le llamaban el flojo; no dejó de causar risa el verlos subir, pues el caballito pateaba y mordía al tocarle el lomo, hasta que teniéndolo uno de las orejas y otro de la cola, montaron los infelices sentenciados, lo iban á estirar, pero gritó Tacho: — Suelto suelto, y á donde arranque lo coleamos. Esa prevención hizo que cogiéndole el Cascabel un manojo de crines impidiera con empeño el que corriera, sin embargo, le empezaron á hacer maldades, y antes de llegar á la hacienda ya habían dado las tres caídas.

Nacha al pasar por allí había contado la escena, y todos los habitantes vieron parte de la azotera en el corral, y acompañaban la procesión; al administrador también le avisó suplicándole con las lágrimas en los ojos que intercediera por aquellos infelices para que no los mataran. — Seguro está, le respondió, los charros no son asesinos, pierde cuidado, y se puso en la puerta de la tienda á esperarlos, allí hicieron fiesta, tomaron bizcochos, catalán, vino, queso, sin olvidarse de convidar á los enacados en el Flojo, y prosiguieron su camino hasta el palo de la Loba donde Nacha y Lugarda los esperaban prevenidas.

El Tapatío y Pepe atravesaron sus reatas en las ramas de aquel árbol que se hizo memorable desde la insurrección, los ataron de las arcas y los elevaron lo más alto posible conservándolos así un gran rato, hasta que dijo Astucia: — Basta, ya cumplí mi palabra, Cascabelito, ya lo vi colgado en el palo de la Loba y le he sacado la ventaja; vd. quería colgarme á mí solo, y yo he mandado colgar á dos, tenga advertido, que otra vez que nos veamos, no será de las arcas amarrado, sino del pescuezo para que imite bien al capitán Cuilacoche; ahora sólo me resta que esas mujeres les quiten la cluequera calentándoles las nalgas, como lo hacen con los capones en la buche

para que empollen. Hizo una seña, estiraron un poco las reatas y ya que estaban como media vara de distantes del suelo, á calzón quitado, Nacha al Cascabel, y la angaripola á Né, les dieron su ortigada regular, los soltaron, les devolvieron sus caballos, sus armas inutilizadas diciéndoles Astucia: — Si tratan de tomar venganza de estas mujeres que he obligado á que me obedezcan, yo me tomaré la molestia de calentarles no las nalgas, sino la pechuga con mi lanza; y llévase, señor Cascabelito, á su Loba de rabia para sus comederos, para que le dé otros soplos más oportunos, porque si queda por aquí, corre vd. riesgo al venirla á visitar á la cuadrilla, cuidado con provocaciones, si tiene conmigo algún motivo personal para odiarme de muerte, no es más que me diga adónde y cuándo nos encontramos para darnos un topetón, y no ande comprometiendo á esos infelices escuintles que por un pedazo de pan se exponen á que les azoten las nalgas cuando menos, y si llega á mis noticias que trata de impedirnos el paso, antes de poner los pies en dos leguas á la redonda del camino que llevamos, haga su testamento y encomiende su alma á Dios. Buen viaje y cuidado con otra; griten aquí con ganas; vivan los Hermanos de la Hoja! — ; Vivan! repitieron haciéndose molinillo en la silla, de la comezón que tenían. — Otra, otra, les gritaron los demás, y regresaron haciéndolos gritar vivas, hasta la hacienda en donde los dejaron libres para que se marcharan. — Ahora que los miro reunidos y de gorja, dijo Morales el administrador de la hacienda, si vds. gustan de divertirse un rato ayúdenme á capar una puntita de toros que tengo en sal. — Con mucho gusto, respondió Chepe, mandando á tres arrieros por sus caballos de mano, mientras que Morales ordenó á uno de los sirvientes que arrimaran el ganado á la Estanzuela, y toda la tarde lazando y coleando se les fué en divertirse, terminando así aquel día memorable que aun lo recuerdan multitud de personas que presenciaron la azotera que llevaron los guardas, y la ortigada del Cascabel y su segundo, después de que estuvieron colgados en el palo de la Loba, sin que hubieran vuelto á tener gana de arrimarse por aquellos sitios, haciéndose sordos á las órdenes que recibían para perseguir á los charros, mudos para contar su chasco, y ciegos de remate para no ver

cuantos tercios de hoja se les antojaba pasarles por sus bigotes. Continuaron divirtiendo los ratos de ocio con sus propias aventuras obligando á Chepebotas á que relatara las suyas. — Vamos al caso, les contaré la primera parte, pues la segunda está ligada con la del Tapatío, y él las acabará de relatar porque ambos estamos unidos desde esa época; conque cuidado como se burlan de mí desgracia, porque todavía se me sube la sangre á la cabeza, me zumban los oídos y se me altera la bilis; atención que ya comienzo :

CAPÍTULO V

Primera parte de la historia de Chepe Botas y desgraciado fin del Buldog.

Tenía yo cumplidos diez y seis años, ayudaba á mi padre en los trabajos de nuestro corto ranchito, apenas sabía hacer unos cuantos garabatos, todos los días de fiesta iba el padre vicario á dar misa á la capilla del pueblo de la Purísima adonde ocurríamos nosotros, y yo por comedimiento me iba temprano y ayudaba á barrer, á adornar el altar, llamar á misa, etc., y esto hacía que el padrecito me viera con aprecio y comenzara á decirle á mi padre que era yo muy vivo, que desde á legua se conocía mi buena disposición, que tenía yo inclinación al altar, y así lo fué encarrilando hasta que un día seriamente, le habló en estos términos : — ¿Qué piensa vd. hacer con esa criatura, D. Toribio? es una lástima que no se aproveche, que no se ilustre, el muchachito tiene capacidad, es muy vivo, y cultivado, tal vez podría salir un buen eclesiástico, un abogado, en fin, ¿por qué no lo pone vd. en un colegio? — Eso es imposible, señor, le contestó, somos pobres y yo no tengo para sufragar esos gastos. — Se me ocurre una idea, amigo mío, quiero darle una prueba de que me intereso por la suerte de su hijo. — ¿Cuál, señor, cuál? — Llévemelo vd. á mi casa, lo mandaré algunas horas á la escuela para que ejercite su letra, yo me comprometo á enseñarle la gramática latina, filosofía, moral, etc, y en cuanto esté listo lo presentamos á un examen, y podremos sin hacer gastos de consideración lograr nuestro objeto, ¿qué le parece á vd. mi plan? — Inmejorable, señor; ¿pero cómo se ha de echar su merced esa carga encima, esa molestia tan grande, ese gravamen y...? — Nada, nada, D. Toribio, déjeme vd. ver si consigo mi fin,